

EL POLIZÓN

Rodro Mtnez



Capítulo 1

EL POLIZÓN

1

La quilla partía con su afilada carcoma el sendero de las aguas, espuma contra casco, madera que apenas sostenía el vuelo de su velamen raído. El viejo mar de poniente regurgitaba del olvido una carabela con la que nadie contaba, desbocada, a la deriva, bien tostada por el crudo azote del sol, cada cabo ajeno a su mástil y ninguna voz al mando, únicamente el crujir del timón, junto al madrugador gorjeo de las gaviotas, en una tensa calma herencia del caos. Desde aquel piélago celeste en forma de horizonte, se había abierto paso solitaria con afán de vararse hacia su final, como una bestia moribunda a la que sólo aguarda el susurro del viento, entre arena y rocalla de espigón, a merced de aquellas algas que amamantaría con el llanto de sus astillas.

—¡A la playa! —gritaban los lugareños entusiasmados al dejar atrás sus rutinas—. ¡Un navío encallado, vamos allá! —El boca a boca corría por cada rincón del pueblo.

Una vez enteradas las autoridades, la curiosa muchedumbre fue agolpándose en las inmediaciones del buque. Los notables de la aldea tomaron la iniciativa y dieron orden de inspeccionar la embarcación, puesto que nadie de la misma se esforzaba en ofrecer señales de vida, ni tan siquiera en clave de auxilio. Treparon por la escala de popa alcanzando la toldilla, en cada pisada los tablones húmedos temblaban bajo una suciedad negruzca que bien podría ser simple mugre, aunque su siniestra contextura sin duda escamaba. La verga de mesana ondeaba con su tela hecha jirones, igual que si alguien se hubiera empeñado en rasgarla. Siguieron caminando por cubierta en dirección a proa, divididos entre estribor y babor, absortos ante la podredumbre del obenque, el cual apuntaba hacia la cola del vigía, a lo largo del mástil mayor, sin que se adivinara mayor presencia que los restos de sangre seca libada por insectos.

—¿Hay alguien ahí? —Tras el abordaje escudriñaban intrigados cada recoveco—. ¿Necesitan ayuda?

Después de acceder al castillo de proa, observaron el bauprés enredado en la vela cebadera, claro indicador de que durante meses ni un alma se había preocupado por la navegación; así pues, desde el mástil de trinquete cruzaron la sombra del papahígo, expectante éste como si callara algo, hasta que decidieron al fin bajar a la bodega. La oscuridad era profunda, cada paso reverberaba entre la nada, un silencio que sólo se atrevía a interrumpir el chillido de los roedores huyendo. Hubo quien

encendió un fuego para alumbrar el pasillo, y de repente, se vieron rodeados de sospechosas salpicaduras sobre un rastro de ratas muertas en descomposición, el hedor era insoportable. Ante tal panorama, muchos se apresuraron a dar por finalizada la incursión dictaminando que nadie quedaba a bordo. Asaltaron entonces multitud de incógnitas: ¿de qué manera se explicaba la ausencia de hombres, cómo había podido arribar el navío hasta la costa sin timonel y en un estado tan deplorable, desde dónde partieron, quiénes fueron sus tripulantes...?

Cuando se disponían a desalojar el barco, un débil plañido se agarró al tímpano de alguien que, desconcertado, mandó callar al resto para asegurarse bien: sí, aparentaba ser un lloro, aún latía un atisbo de vida por allí. Corrieron sobresaltados hacia una cámara vacía —a juzgar por el regusto a salmuera debía de tratarse del almacén de provisiones— donde con estupor hallaron envuelto en penumbra un cuerpecillo balbuceante, una criaturita que se encogía con ternura buscando cobijo en el regazo de lo que parecía un esqueleto humano, diríase que éste lo hubiera estado arrullando con mimo parental durante la travesía.

—¡Rápido, llamad al médico! —exhortó alterado uno de los descubridores—. ¡Hemos encontrado un niño!

2

Nuño Díaz de Peñaranda admiraba el desconocido paisaje que se alzaba ante sus ojos, qué importaba cocerse en la armadura y que bajo el morrión se empapara el semblante de un brillo enfermizo, tan sólo alabarda en mano y cierta cautela al pisar, no cabía más para maravillarse ante la exuberancia telúrica de aquellos lares. La madre naturaleza se revelaba primitiva a la par que salvaje, un portento de frondosidad esmeralda rebosante de vida aunque fingiera dormir, y por cuya espesura, un universo en sí misma, rielaba dorada la luminiscencia de un cielo inalcanzable a la vista: coloridos cantos de aves, estridente balanceo peludo entre el ramaje, sigilosas sierpes deslizándose mientras algún horizonte, quién sabe si en los confines del orbe, se desperezaba con un rugido lejano..., así el rumor incesante de la manigua sostenía su entidad taumatúrgica, toda ella omnipresente como un único ser todopoderoso. La sombra de aquellos titanes arbóreos proporcionaba tal lobreguez que incrementaba el relumbre de sus corazas, en ocasiones despertando una sensación de frágil neblina, especialmente cuando la cercanía de la humedad era mayor. Olía a agua estancada y a estambres maduros, un aroma dulzón que empalagaba al respirar. ¡Qué lejos quedaba ya la aguerrida pulcritud del páramo llamado hogar, aquel polvo, sudor y hierro...!

A pesar de andar embebidos en las hechuras del Nuevo Mundo, se antojaba difícil no recelar de las miradas invisibles tras la maleza, del zumbido de las fiebres que, amenazantes, acechaban por doquier; no en

vano, el delirio de algunos enfermos maldecía un infierno disfrazado de arcadia, y no precisamente pocos terminaron hallando sepultura en tierra ignota. Su belleza actuaba como una amante cruel que se nutría de la sed de gloria, fruto irremediable de aquella ambición de ultramar forjada en misiones divinas, de leyendas sobre reinos perdidos a ciudades de oro y fuentes de eterna juventud. Cualquier motivo valía para un castellano recio criado sobre un lecho de pulgas, hijo del hambre y la cruz, ávido de un honor que no correspondía por sangre, de ahí que Nuño Díaz de Peñaranda, al igual que otros tantos, decidiera enrolarse en tamaña aventura. Sólo una promesa o morir, la de cambiar su propia estrella.

Desde la nada, el vuelo súbito de una flecha cortó el aire incrustándose en garganta amiga, la consiguiente sanguinolencia anegaba sus últimas palabras cuando una voz de alarma retumbó con desgarró: «¡¡¡emboscada!!!». De las entrañas de la selva brotaron decenas de rostros pigmentados que arremetían con estruendosa fiereza, desnudos, enardecidos al grito gutural de las alimañas rabiosas, como si los espíritus de las mismas les poseyeran, entonces estalló humeante la pólvora de los arcabuces reventando torsos sin piedad. Ni aquella magia insólita ni las vísceras a la intemperie amilanaron a los desafiantes paganos, los cuales no cejaban en su empeño, cómplices de una maraña que colaboraría en su hábil despliegue por ambos flancos. Frente a tales circunstancias, cercados por el adversario, tocó tirar de acero y combatir cuerpo a cuerpo: enrojecidas espadas a través de la carne, macanas de obsidiana o pedernal contra la cuera de las brigantinas, alaridos de metal y huesos quebrados entre soflamas baldías que, en plena zozobra, mutaban en locura... Eran muchos, demasiados.

—¡Retirada, retirada...! —ordenó derrotado el capitán de los conquistadores—. ¡Regresemos a los botes! ¡A los botes! —repetían despavoridos sus secuaces.

Algunos lograron emprender la ignominiosa huida, esclavos del instinto natural que obliga a conservar el pellejo; otros, en cambio, lucharon abandonados hasta desfallecer, de modo que la superioridad enemiga se tradujo en brutal ensañamiento. Un golpe en la sien hundió el capacete de Nuño derribándole, aturdido en el suelo y cubierto de sangre propia y ajena, apenas supo rezar nada, sólo era cuestión de tiempo que perdiera el sentido. Buscaba sin más lanzar un vistazo postremo al colgante de su cuello, pero otro feroz estacazo terminó por rematarle.

3

—¡Es asombroso! —mascullaba el galeno examinando al crío—. Está completamente sano, no ha hecho mella en él la hambruna, ni rastro de padecimiento.

—¿Cómo es posible? —preguntaron las autoridades del pueblo—. Si fue hallado en un charco de inmundicia, sin víveres ni nada que pudiera alimentar a una criatura de tan corta edad.

—Lo ignoro, en mis años de medicina jamás presencié algo semejante. —Su desconcierto asumía el fracaso de la razón—. Sólo sé que no precisa ningún remedio, salvo el acostumbrado cuidado que una madre proporciona.

—¡Milagro! —proclamaron algunas voces—. ¡Es un niño santo!

Ante la escasez de respuestas, el vulgo y sus líderes se aferraron a la intervención divina como única explicación plausible. De esta manera, convencidos de que sólo la voluntad del Altísimo habría podido alumbrar tal prodigio, se decidió trasladar el asunto a manos pías, más avezadas éstas en acontecimientos de similar trascendencia; así pues, acudieron a la abadía tras los montes que arropaban la aldea. En ella se congregaba una antigua orden de clarisas, cuya devota labor había arraigado con profundidad en las gentes de aquel lugar. Aparte de referencia espiritual, también se antojaba como el sitio idóneo para que un desvalido encontrara la luz de su camino en la tierra.

La audiencia les fue concedida y la abadesa tuvo a bien no hacerles esperar en exceso, deferencia que permitió a los regidores del pueblo exponer el asunto sin escatimar adjetivos por falta de tiempo, recreándose de tal forma en la milagrosa enjundia de lo acaecido, lo cual, lógicamente, avivó el interés de la Madre Superiora pese a sus reticencias iniciales.

—No cabe duda alguna de que esto sobrepasa con mucho el entendimiento de los hombres —reflexionaba en alto la rectora del convento—, sólo al Señor corresponde conocer el significado de sus propios designios, no somos quiénes para juzgar su obra.

—¡Amén! —apostillaron con fervor los visitantes.

La abadesa se aproximó al niño y quedó prendada de su ternísima estampa, diríase que la rigidez de su cargo había claudicado ante aquel subconsciente maternal reprimido por los años. Con insospechada maña, se atrevió a cogerlo en brazos sin que su firmeza se doblegara un ápice.

—Nuestro deber cristiano es ineludible —sentenció rotunda—, me preocupa que esta criatura no haya recibido el primer sacramento y tenga alojado en sus entrañas el fuego del pecado original. ¿Qué pueden decirme vuestras mercedes acerca del estado de su alma?

—Lo desconocemos en realidad, Reverenda Madre —respondieron de inmediato para a continuación explayarse—: Cuando le recogimos,

hallamos en su poder, bajo los huesos donde reposaba, el siguiente camafeo. A juzgar por el dibujo del grabado, parece una especie de santo, quizás haya podido ser ungido en sagrado bautismo después de todo, quién sabe —concluyeron alcanzándole la reliquia a la Madre Superiora.

—Es San Miguel Arcángel —reconoció la simbología del ángel con armadura y espada—, patrón de varios pueblos a lo largo y ancho de la península. Dado el carácter de dicha información, facilitaré un minucioso glosario geográfico del santoral a quien se preste a indagar en sus orígenes, ardua y desagradecida tarea ésta, no creáis que lo desconozco, mas sin duda coincidiremos en que, en principio, la mejor de las opciones es devolverlo a su verdadera familia —proponía la rectora del convento no sin antes terminar de establecer las pertinentes pesquisas—. Que otro, mientras, parta hacia la Casa de Contratación y recabe datos acerca del navío: tripulación, ruta, cometido de la expedición...; entretanto, las hermanas y yo nos haremos cargo del niño en todo lo que concierna a su manutención y fe. Tan pronto como aparezcan respuestas, habrá de solicitarse audiencia para, con la gracia de Dios, volver a reunirnos en este mismo lugar, entonces sabremos al fin qué pasos quiere el Señor que demos. —Un sepulcral silencio culminó su intervención, no hubo quien se opusiera a su dictado—. Pues si no resta más que decir ni existe discrepancia alguna, os concedo mi bendición. Id en paz.

—Como ordenéis, Reverenda Madre —se despidieron los lugareños conformes con la determinación de la abadesa.

Ya en soledad, antes de confiar el cuidado del retoño a sus hermanas, la Madre Superiora advirtió en él una singularidad impropia de este mundo, no supo descifrar qué era con exactitud; sin embargo, albergaba la certeza de que en su seno acogía a alguien llamado a dejar huella entre los vivos.

—Dios velará por ti, pequeño —prometía encandilada la religiosa—, ahora su reino también es el tuyo.

4

Las estrellas brillaban diferentes, tal vez porque los indios las adoraban con tales ritos y requiebros que su rubor las hacía resplandecer aún más si cabe, era verdaderamente hermoso aquel cielo. La madrugada tan pronto se enlutaba, destacando el lujo de sus perlas, como se revolvía en una cautivadora vorágine cuyo rostro, una suerte de furia violácea, semejaba las maneras de un abismo invertido, igual que si el mismo infierno tratara de engullir a los humanos cayéndoles encima. Nuño se refugiaba en aquella imagen con la absurda pretensión de calmar su agonía. Amarrado a dos chaguaramos que se abrazaban desde la tierra, dolorido y como Dios le trajo al mundo, salvo por la cadena en su cuello, apenas podía creer la barbarie de la que estaba siendo testigo. A ambos

costados, sus compatriotas se retorcían en un martirio inimaginable, una cosa era familiarizarse con la posibilidad de una muerte cercana, en la gloria del campo de batalla, y otra sospechar lo que aquel destino les había deparado: sucumbir a manos de un matarife, emasculados, con las tripas por fuera, la piel a tiras... Hombres hechos y derechos se derrumbaban como niños de teta, soltándoseles el vientre de puro pavor. Los más afortunados lograron desmayarse antes de sentir nada.

Hubo un vizcaíno bravo que se atrevió a desafiarlos con sañuda verborrea, a escupitajos e iracundas blasfemias, de todo menos resignarse a morir dócil, tanto fue así que los salvajes consideraron un merecido castigo empalarlo con su propia jineta: a medida que le penetraban desde abajo, sus facciones desencajadas parecían derretirse a gritos, del bramido a la afonía, mientras la punta descollaba roja atravesando la laringe hacia su boca. Su voz se apagó en un guarrido entre borboteos y espasmos, algo meramente reflejo, ya que andaba muerto a mitad de lanzada. De acuerdo con la tradición, y a la par que los demás, fue despedazado con el fin de alimentar la charca sagrada, donde unos ojos luminosos asomaban relamiéndose con el cálido sabor de la sangre, ansiosos de más bajo sus turbias aguas.

Tamaña crueldad aparentaba responder a una liturgia de celebración, una ceremonia de vencedores sobre vencidos, pues en verdad tal gesta se erigía como el mayor hito de la tribu, de ahí la desbordante vehemencia de sus actos. Con la grasa de los mutilados cuerpos avivaban una hoguera que refulgía hipnótica, una suerte de ofrenda a algún espíritu pagano, cuya gracia habría de procurarles protección y fortuna.

—*iOdosha yekuana!* —entonaban durante la danza revestidos con llamativos plumajes—. *iOdosha yekuana!*

La atezada piel de los salvajes lucía como de cuero, bajo su manto curtido crujían los huesos que resaltaban dando una macabra impresión, se movían con una gracilidad impúdica, lo cual, en ocasiones, les hacía ser percibidos de un modo animal, más afines a las bestias que a su misma naturaleza humana. El ritmo de la percusión, junto a los cantos y el crepitar de las llamas, traía consigo un halo fantasmal que enredaba la realidad en una madeja onírica.

Nuestro conquistador permanecía extrañamente intacto, aterrado al tiempo que inexpresivo, tal vez dicha frialdad hubiera motivado que los nativos le reservaran un final más truculento si cabe. El brujo de la tribu, aquél a quien decían *kadeju*, agarró maravillado su colgante, en un principio dio la sensación de que dicho encantamiento se debía al metal bruñido y su vistosa apariencia, mas fue el relieve del medallón lo que sedujo al chamán hasta límites extáticos: aquel guerrero alado representaba algún tipo de señal mesiánica. La música paró y un intenso silencio cortó el ambiente otorgando voz al tepuy, a la totalidad de su

fauna nocturna; entonces un remoto silbido volvió a reanudar la barahúnda para alborozo de los nativos. Desataron a Nuño de los troncos donde estaba clavado cual Cristo en el Gólgota —¡qué paradoja la de un cristiano crucificado por infieles!—, y con sumo cuidado, lo dejaron caer de espaldas. El semblante del castellano siguió perplejo ante el oleaje del cielo con su luna distante, tanto que la presencia indígena dejó de inquietarle. El líder del poblado, uno al que llamaban *akushana*, le dio de beber un barro viscoso aunque refrescante. Al borde del atragantamiento, el conquistador anheló un veneno letal.

—*¡Odosha, Madenawa!* —coreaban enfervorecidos—. *¡Odosha, Madenawa!*

La melodía de los tambores prevaleció al cesar los cánticos, momento en el cual los astros quedaron opacados por una sombra curvilínea y esbelta, sensual en su tersa desnudez, fruto de juventud sin adornos ni harapos, sólo su tez pintada de oscura noche y los ojos inyectados en un ámbar que acentuaba su aspecto felino. Inclinandose insinuante, se deslizó con delicadeza por cada palmo del áspero corpachón cristiano, cara a cara en un mismo aliento mientras se acomodaba sobre el abdomen. Lamió sus agrietados labios y se irguió, manoseándole los muslos de espaldas, hasta ubicar entre las ingles aquello que buscaba; una vez alcanzado, lo poseyó endureciéndolo con su avezado tacto, volviéndolo un apéndice prácticamente óseo.

Ante tal coyuntura, la fémina no tardó en sentarse sobre él para cabalgar desbocada, suave primero, recreándose a fuego lento en la humedad de su propia miel, tan lasciva...; a continuación, el ritmo aumentaría de forma paulatina hacia un incontrolable in crescendo. Golpes tribales acompasaban gemidos y respiraciones a la manera de un ritual atávico, la carne restallaba con cadencia animal, sudorosa, tan primitiva que ardía al rasgarse con uñas y dientes, así los bamboleantes encantos de ella embotaban los sentidos de él, indefenso frente al embrujo de sus caricias. La joven posó entonces su mirada en la de Nuño y sonrió: el pobre macho no consiguió resistirlo.

Aquel placentero suspiro frenó el tamboreo en seco. Ella se aproximó a su boca y le besó apasionadamente con su lengua hasta el gáznate, igual que si el buche de un reptil descendiera despacio por su garganta, denso y frío. Cuando quiso darse cuenta, nada más coger aire, ella se había desvanecido en un humo negro que bailaba entre sus admiradas nubes nocturnas, después los párpados comenzaron a pesarle como nunca y cayó en un sueño profundo e insondable, quién sabe si despertaría.

5

Según atravesaba la comarca, el celeste sobre las montañas iba emulando al gris plomizo de las nubes preñadas, los prados palidecían

hasta despelucharse yermos, tierra ultrajada a fuego y sal conforme avanzaba el galope, desnudez en árboles, follaje vuelto ceniza, el trinar de las aves usurpado por el más oscuro silencio..., ¿qué clase de plaga era aquélla? El portador de noticias, en ascuas por su amada aldea, exigió un último esfuerzo al animal, de manera que, evitando demorarse más, intensificó la marcha. Los cascos de la yegua pronto resonaron por el empedrado de la plaza del pueblo, donde, a pesar de su asombroso eco, la soledad permanecía inmutable, no se oía respirar a nadie, sólo casas cerradas a cal y canto, todo desierto, como envejecido. Al llegar a su morada la halló derruida, ningún vecino a la vista que pudiera explicarlo.

No sin cierta turbación, consideró urgente despachar su cometido lo antes posible, ya que al fin traía nuevas fiables acerca de los orígenes del crío, de modo que puso rumbo a la abadía, allí habrían de aguardar seguro las pertinentes respuestas. Se antojaba increíble que el mediodía luciese un cielo tan umbrío, cualquier cosa bajo él aparentaba haber sufrido la cólera de un dios maldito, ni siquiera la abadía conservaba la sobriedad de antaño, muy lejos desde luego de aquel templo misericordioso alabado por todos, ahora a duras penas conseguía sostenerse en pie. El jinete amarró su montura y se dispuso a adentrarse en el claustro a través del portón, el cual aguantaba entreabierto con su madera deteriorada por la podredumbre, la misma que se acumulaba alrededor de la columnata posterior, cuyos capiteles y fustes se rendían al transparente abrazo de la telaraña, a la finura de su tacto repulsivo que todo lo envolvía. De fondo, una peste a orines, de los roedores probablemente, arrebatava su antigua santidad al lugar.

—¿Hermanas? —vociferaba escamado el emisario—. ¿Alguien por ahí?

Subió los polvorientos peldaños hacia el pasillo de los aposentos, cuya angostura permitía holgadamente escuchar tras las puertas cualquier presencia; sin embargo, nada había, salvo una brisa helada que silbaba fantasmagórica. Ascendió al siguiente piso y halló la amplitud de una sala que por fin le proporcionó aquello que buscaba: la abadesa, toda ella enjuta y de espaldas saboreando la decadencia de su reino, sentada frente al ventanal, aquel foco al mundo que otrora absorbía los rayos del cielo y dispensaba esplendor a los frescos de las paredes; ahora en cambio, apenas resaltaba la delgada silueta de la Reverenda Madre con su luz mortecina.

—Madre Superiora, os traigo buenas nuevas. —Se apresuró a cumplir su misión sin más dilación—. He descubierto a quién pertenecía el medallón de San Miguel Arcángel que encontramos junto al niño. Se trata de un castellano natural de Peñaranda de Bracamonte llamado Nuño Díaz, un huérfano que se enroló desesperado hacia las Indias con pretensión de fama y fortuna —continuaba desgranando el resultado de su investigación—. Tiene una hermanastra solterona dispuesta a hacerse

cargo del niño, compagina el oficio de zurcidora con el de partera allá en La Armuña y...

El mutismo de la regidora del convento comenzó a pesar demasiado, motivo suficiente para decidir acercarse cauteloso, con tal lentitud que la estancia retumbaba a cada pisada. La atmósfera expandía la intranquilidad de su propio resuello, un jadeo de pura ansia que, según iba menguando la distancia entre ambos, se precipitaba en un gañido inconsciente. Cuanto más cerca de aquel sillón frailer, mayor era la contundencia con que percibían sus sentidos: la nitidez a través de la oscuridad, el aroma cargado de la habitación, el zumbido de insectos pululando a sus anchas, la crudeza del tientito... Al tocar el hombro de la Reverenda Madre, su mano huesuda resbaló del reposabrazos; ante tal enigma, y empujado por esa rara atracción que infunde el desasosiego, se atrevió a girar el asiento despaciosamente hasta descubrir con horror un semblante descompuesto, marchito por la guadaña inexorable, no más que putrefacta fárfara, en cuyas cuencas anidaban arácnidos engordando a base de digerir moscas, presas éstas del dulce elixir que libaban en forma de pus sobre las blanduras roñosas. Atenazado y al borde del vómito, un escalofrío le recorrió el espinazo, ni siquiera supo gritar; a su vez, la cruz pectoral repiqueteaba intacta sobre los holgados hábitos de la clarisa, hecho que confirmaba definitivamente la identidad del alma desaparecida. Sabedor de que ninguna información le sería allí revelada, el diligente recadero, transido de angustia, optó por sacudirse aquel malestar y partir para no regresar jamás.

De repente, susurros desde la penumbra y una puerta cerrándose en un interminable chirrido. La lóbrega claridad alumbró dos ojos enrojecidos cuyo resplandor hacía presagiar algo demoníaco, las pulsaciones se disparaban bombeando el amargo temor a la muerte, tanto fue así que, resignado a Dios, cayó de hinojos mientras lloraba su aciago destino; entonces, como si todo hubiera sido pura sugestión, surgió un balbuceo infantil que se aproximaba sin prisas. ¡El crío con vida! Después de tan largo tiempo con las hermanas, la criatura había crecido y ya desprendía, pese al desaliño, una singular apostura, aquella hermética expresión suya destilaba algo insano y feroz, una especie de mueca ajena a la infancia. El encarnado de su mirada se apagó con la cercanía, desnudando un rostro todavía tierno, no exento de dulzura, pero del todo impenetrable, como si escondiera algún secreto peligroso, aunque en absoluto daba la impresión de estar asustado. Con imprevista agilidad, el niño se encaramó al pecho del emisario, un gesto mimoso que acabó por aliviar cualquier sospecha, únicamente quería reposar su cabecita en hombros adultos.

—No te preocupes, amigo —tranquilizaba cariñoso al pequeño—. Voy a sacarte de aquí enseguida, te llevaré con tu familia —le prometió.

El crío se aferró con fuerza cuando enfilaban la salida. Durante dicho trayecto, el emisario advirtió el poder que sobre él ejercía aquel

condenado lugar, pues a ráfagas se figuraba al muchacho relamiéndose entre dientes puntiagudos, olisqueándole la yugular con los ojos en llamas: simples imaginaciones fruto de la conmoción, el niño tan sólo se limitaba a mirarle fijamente impertérrito, era difícil discernir qué pasaba en sus adentros.

En el exterior, la yegua piafaba entre relinchos intuyendo el mal acechante, extremadamente inquieta, diríase que apremiaba a su amo para huir con la máxima celeridad. Rauda, acomodó primero al crío sobre los lomos, y una vez tomadas las riendas, puso pies en polvorosa. Al principio, el jinete cabalgaba al trote con la clara intención de no amedrentar al pequeño, pero en vista de que éste no se arrugaba, incrementó el ritmo hasta dejar atrás la maltrecha comarca. Fuera de sus lindes, se vislumbraba al fin el brillo del sol; no obstante, por alguna razón desconocida, parecía no llegar nunca el momento de alcanzarlo. Es más, a medida que progresaban, cuanto mayor era la velocidad de la carrera, antes la hierba se amustiaba como muriendo a su paso.

6

El embate del viento contra las velas no terminaba de rescatar a Nuño de entre la oscuridad, al menos no del todo, más bien iba despabilándole muy lentamente hasta que por fin alguien tuvo a bien refrescarle con un cucharón de agua tibia. Tras ver calmada su sed, abrió los párpados y fue incapaz de adivinar dónde estaba.

—Tranquilo, amigo —le confortaba una voz aguardientosa—. Ya regresamos a casa.

El convaleciente, a pesar de su desnortada actitud, se percató del rugido sedoso que el océano profería, por lo que dedujo en su acompañante los ademanes de un viejo marino, un tipo curtido a salitre y vino que no tardaría en arrojar luz sobre sus lagunas. Nuño apenas pudo dar crédito al relato: al parecer fue encontrado desnudo en mitad de la selva por unos dominicos que propagaban la palabra de Dios entre indígenas. Éstos le acogieron en su misión con la cristiana querencia de restañar sus heridas, pero al poco un mal desconocido comenzó a asediar el poblado, así varios hermanos sufrieron fuertes fiebres antes de dar con sus huesos bajo tierra. No serían los únicos, ya que cada amanecer traía consigo un nuevo cadáver, hombres, mujeres, niños..., a veces descuartizados por fauces y garras indomables. La naturaleza se había tornado hostil, de repente aquel idílico edén evocaba al mismísimo averno, causa suficiente para decidir cargar con los enfermos y asentarse en otra parte. Desgraciadamente, su fe no bastaría para sobrevivir a los avatares del viaje, calamidades e infortunios fueron diezmando la comunidad casi al completo, los santos oficios de los religiosos se redujeron a misas fúnebres, un puñado cada jornada. Cuando al fin lograron alcanzar la costa, prefirieron desperdigarse en distintas

congregaciones convencidos de que el demonio moraba entre ellos, incluso hubo quien abandonó los hábitos enloquecido. Tan sólo uno de los dominicos permaneció al lado de Nuño en todo momento, el mismo que convenció al capitán de aceptarles a bordo. A él pertenecía la crónica de tamaña odisea.

—Si me permite, quisiera darle las gracias a ese hermano —reaccionaría Nuño conmovido—, su santa abnegación ha salvado mi vida.

—Demasiado tarde, el capellán ya no anda entre nosotros, se acostó una noche y simplemente no despertó. Las aguas lo guardan ahora. Sin duda fue un buen hombre, que el Señor le tenga en su gloria —concluyó el lobo de mar santiguándose.

Se antojaba raro llorar a quien no se conocía, aunque sus actos hablaran por sí solos; con todo, el de Peñaranda sintió una profunda desazón, consciente de que jamás podría liquidar una deuda de tal calibre, así pues, no quedó otra que reservarle un lugar preferencial en las debidas oraciones.

Pronto se dio cuenta Nuño de que no estaba en calidad de invitado, y dado que era una boca más que alimentar, habría de ganarse el pan igual que cualquier otro. El conquistador ya conocía cómo funcionaba la vida en alta mar, de ahí que lograra desenvolverse con moderada eficiencia, sin abrir la boca más de lo necesario, rehuyendo enemistades mientras soñaba despierto con el retorno al hogar. Se había transformado en otro hombre, uno menos ambicioso, más hecho a su condición, frugal y devoto, tanto era así que a veces se sorprendía besando su medallón de San Miguel Arcángel; sin embargo, al cubrirse el cielo de estrellas, cuando tocaba descansar, reiteradas visiones acudían a él, pesadillas demasiado reales. No se limitaban éstas a escaramuzas o a aquel tormento entre salvajes, sino que también rememoraban experiencias nunca antes vividas, alucinaciones diabólicas como aquella tan recurrente en la que, adentrándose hambriento en la noche, empleaba sus incisivos colmillos para desgarrar el magro en puro caldo de entresijos, caliente como la sangre que bebía de gargantas descerrajadas, incluso al recobrar la razón, persistía cierto regusto en su paladar. Se retorció constantemente entre cuerpos mutilados e infantiles voces suplicando socorro, inmerso en el mismísimo corazón de las tinieblas, cuando de golpe despertaba empapado, cautivo de una extraña sensación que le empujaba a rezar de forma compulsiva.

Las jornadas comenzaban a sentirse eternas y el consiguiente desgaste logró hacer mella avivando el descontento, la crispación crecía en la tripulación, no sólo contra los mandos, sino también entre los más humildes marinos. El hambre, la sed, pequeñas rencillas personales, el hastío de contemplar las mismas caras..., todo se conjuraba con la firme

voluntad de envenenar la convivencia. De las meras ofensas se pasó a los puños, y de no ponerse remedio en breve, el furtivo acero proclamaría su ley por los rincones perdidos. Urgía arribar cuanto antes, pero el viento no acompañaba, muchos maldecían a los oficiales por no saber interpretar las corrientes, otros increpaban al clima por su veleidad, y no pocos se agarraron a la superstición. Entre estos últimos, recelar de Nuño fue volviéndose una costumbre, al fin y al cabo él era el nuevo, de manera que no costó endosarle el cartel de cenizo. Para colmo, la situación todavía empeoraría más, la escasez empezó a mermar a algunos hombres: hemorragias en la piel, extrema debilidad, dientes bajo la carne de unas encías que no cesaban su sangrado... El galeno no daba abasto.

Las siguientes semanas transcurrieron entre oficios religiosos —solemnes actos donde el océano sepultaba los cuerpos sin vida— y un tenso silencio preludio de la traición que se urdía en la sombra. El encogimiento de las raciones, las muertes e incluso el despotismo de los oficiales se unieron como detonantes; en consecuencia, fueron surgiendo leves conatos sofocados mediante látigo, pequeños desplantes cuyo castigo incentivaba aún más la desobediencia, de modo que cuando la rabia no pudo contenerse, la violencia se recrudeció y el amotinamiento se volvió inevitable. El fratricidio sobrevino en brutal reyerta, una encarnizada explosión de todo el odio acumulado durante meses, hasta que finalmente se impuso la insurgencia.

El nuevo orden instauró un régimen del terror en donde aquél que no fuera afín a los rebeldes sufriría represalias; ante tal tesitura, no pocos fueron pasados a cuchillo, ni tan siquiera una triste plegaria pudo rezarse por ellos. Nuño consiguió permanecer milagrosamente al margen, aunque en vista de los acontecimientos, buscó hueco al lado de los vencedores; no obstante, para algunos el de Peñaranda acarreaba tan mal fario que dejarle con vida suponía un riesgo innecesario, razón por la cual se le arrió uno, embravecido por la victoria, sin otro afán que hundirle la hoja de su daga en un costal. El supuesto gafe reaccionó con reflejos, y asido a la inercia del brazo enemigo, supo romperlo al tiempo que asestaba un golpe letal a su cara. Bastó un solo impacto incrustándole el tabique en la sesera, uno nada más, aunque bien certero para que el contendiente cayese a plomo mientras su sangre servía de advertencia. Como era de esperar, el desenlace de la refriega disuadió al resto de inmediato, de hecho, a partir de entonces, prefirieron esquivarle, señal indiscutible de que se había ganado el respeto que infunde el miedo. Incluso el mismo Nuño quedó asombrado de su propio temple.

Con tan poca gente era inviable reparar los estropicios causados en el barco, no existía posibilidad de gobernarlo, de manera que se resignaron a la deriva sin ninguna esperanza. A partir de ahí, se desató la verdadera locura. Por las noches se asesinaban unos a otros, a la mañana aparecían cadáveres de todo tipo, apuñalados con saña, ahorcados en las vergas de los mástiles, algunos con el cráneo roto... Mención aparte merecían

aquéllos que en su demencia se precipitaban por la borda para huir a nado de aquel infierno flotante, si bien es cierto que la inmensa mayoría fue pereciendo de cruda inanición. No cabía rebañar rastro de tasajo, ya ni siquiera el cuero reblandecido de los obenques ni las ratas servían para salir del paso, no quedaba nada, salvo recurrir a los muertos. El peñarandino renunció a ello por impedimento de su conciencia cristiana, claro que el no sentirse desfallecer también ayudaba lo suyo; en cambio, los demás, los pocos que a duras penas resistían, no vacilaron a la hora de atajar su hambre, mal que después vomitaran una mezcla entre asco y arrepentimiento. La purulencia de los cuerpos, unida al sempiterno ayuno, acabó de azotar al pasaje con nuevas fiebres e infecciones, asimismo la sed fue agudizándose hasta tal punto que la deshidratación resultó irremediable, apenas lograron durar una semana más. Todos muertos, excepto uno, de nuevo el sobreviviente Nuño contra los elementos.

El daño que ni el hambre ni las enfermedades lograron, se lo empezó a infligir una pasajera inesperada, la soledad. La falta de compañía no suscitaba, en principio, ningún inconveniente más allá de la necesidad de manos para navegar, ya que habiéndose acostumbrado a no hablar con nadie, el silencio tañía más dulce que las palabras, un cómplice que ayudaba a descifrar con mayor destreza el significado de sus propios pensamientos; a pesar de ello, su cuerpo se resentía, el vigor iba disipándose con los días, tanto que ya ni siquiera aspiraba a incorporarse. Confinado en algún lugar de la bodega, el mismo suelo bajo su espalda se convirtió en su lecho, quizás el último donde recordar todo aquello de lo que no podría despedirse: el verdegal de las dehesas con el bullicio de su ganado, los resoles sobre el cristalino arroyuelo al atardecer, el cielo arrebolado entre suspiros de una cálida brisa estival... Le embargó la pena pese a que todavía le amparaba el consuelo de Dios, así que se arrancó a rezar esperando la gracia de un ocaso apacible.

Súbitamente, una punzada desde las tripas irrumpió en forma de alarido, sangrando por la garganta un dolor inenarrable. Nadie salvo el mar se esforzaba en escucharlo. Dentro de su torso famélico, buceaba un bulto inquieto que latía de arriba a abajo intentando eclosionar contra natura. Las venas se dilataron desbordadas en lo que la piel iba lacerándose a desgarrones, y de repente, unas manitas bermejas despuntaron por la fuerza como si arañaran el aire. A Nuño se le agotaba la voz entre sanguinolentas gárgaras, su rostro dibujaba un sufrimiento incesante sin ni siquiera llegar a desmayarse cuando, de pronto, aconteció lo inconcebible. Una protuberancia a modo de testuz astilló el esternón asomando infame, hombros y bracitos consiguieron después abrirse espacio a través de las costillas, quebrándolas con un chasquido de ramas secas; a continuación, se giró y unos penetrantes ojos de otro mundo se mostraron voraces, fijos en el colgante de su cuello, el recién nacido esgrimía una sonrisa que nada bueno auguraba.

Sin que el conquistador expirara del todo en aquel parto demoníaco, el feto hizo suya la reliquia mientras lanzaba una feroz e inesperada tarascada, un simple tanteo para después deleitarse con el tejido de sus mejillas huesudas, qué menos que celebrar su llegada con un macabro aperitivo previo al festín. Inmóvil ante el escozor de las mordeduras, el de Peñaranda aún sentía su respiración agitarse ronca a cada dentellada, estupefacto frente aquel trance de la criatura devorándole vivo: pedazos de sí mismo triturados por el furor de las mandíbulas, diminutas éstas aunque tenaces a la hora de masticar su pálida dermis, la cual se atirantaba a cada bocado hasta deshilacharse en meros colgajos, pellejo que antes de ser engullido sobresalía en una sangrienta compota de saliva y jugos resbalando barbilla abajo...

Nuño se había entregado a la divina providencia convencido de que, tras sobrevivir a tanto, su destino habría de estar ligado a un bien mayor; mas no vendría precisamente del Cielo aquel rol especial, pues al calor de su alma fue gestando un mal que se nutría de cualquier vida a su alrededor, por eso los demás morían mientras él continuaba adelante. Creía que esquivaba a la muerte cuando en realidad la arrastraba consigo, siempre hambrienta, fuese quien fuese. Incluso el mismo engendrador se antojaba apetecible a falta de otros.

En mitad del despiece, a punto de culminarse la venganza indígena, pudo notar cómo el bajel se situaba a barlovento con las aguas enderezando su rumbo, entonces le atravesó la certeza de que aquello ni mucho menos se detendría en él, apenas era el comienzo.

FIN